

For characters and scenario: 'Star Trek: Voyager' is a registered trademark of **Paramount Pictures**. I intend no copyright infringement. This is a fanfiction story and no commercial use is made of it.

For the original parts: Copyright © by Simon Brennecke 2013. All rights reserved.

<https://www.registeredcommons.org/document/6688995277.pdf>

Star Trek Voyager

La Prueba

Primera Parte

1

Acostada en su cama, Kathryn Janeway se relajaba tras un largo día. Lo había pasado principalmente cargando con el papeleo. Era una parte necesaria de su nuevo oficio, y ya ella comenzaba a hacerse con esta parte con más eficacia. Cuando había asumido el mando de la Voyager, años atrás, nunca hubiese podido imaginarse pasar su tiempo con conferencias, discusiones sin fin y montones de informes. Habría sido horrorizado por el solo pensamiento de retirarse así de la vida activa, la vida en una nave, cruzando por el espacio. Pero particularmente después de la detención de Seven por el almirante Stoner, había habido encaramarse a la realidad que la batalla por los ideales de la Federación se luchaba, en estos días, primeramente dentro del laberinto de la diplomacia del Alto Mando. Por ella, la afirmación del Almirante Bowers se confirmaba cada día más: jamás un enemigo en las fronteras de la Federación sería tan temible que un enemigo en las propias hilas. Y el amor por los ideales de la Federación mandaba a algunos de llevarse hasta las cimas del poder, para vigilar desde allí que los ideales se respetasen.

Janeway no se había escabullido ante la llamada a su responsabilidad, ella había dejado atrás la Voyager. Pero por lo tanto no era menos una guerrera, aunque había trocado los phasers y torpedos con los informes, las discusiones y maquinaciones políticas.

Respiró hondamente y entregó su cabeza a la almohada. Era la hora de ordenar a la computadora de apagar las luces. Ya sentía que le ganaba una somnolencia benevolente que se ponía como un velo sobre sus ojos. Pero de repente abrió los párpados.

Primero miró fijamente delante de ella, al techo. Luego levantó la cabeza con recelo.

—Hola, Kathryn— dijo Q con una voz sudosa. Se halló en la puerta a su dormitorio.

El almirante se quedó sin palabra. Por un momento, no estaba segura si debiera sentirse aliviada o, al contrario, más alarmada.

—Sé que mi carisma personal siempre deja pasmadas a las mujeres— comentó Q. —Pero, dime, puedes superar un momento tu zozobra ante mi divinidad resplandeciente, para tener una pequeña charla conmigo?— Sin preguntar por la permisión, Q se sentó sobre el borde de la cama de Janeway.

Ella se tapó la cara con ambas manos. —Oh no, dime que no es más que una pesadilla. Qué he hecho para merecer esto?—

—Tú eres simplemente una de las pocas personas en este cuadrante con las cuales hasta un ser todopoderoso pueda hablar sin aburrirse terriblemente. —Q no parecía decirlo en broma. Añadió incluso: —Eres una de las pocas personas con las cuales se puede hablar de manera sensata. Y los tiempos, mal que me pese, no son para chistes. Se acerca una tormenta.—

A Kathryn le sorprendió mucho el cambio de tono de Q. Ella retiró sus manos de la cara y se erigió en la cama. Q le estaba hablando tal como nunca lo había hecho, con una seriedad que nunca había creído posible que él pudiera asumir. —Por qué estas aquí?— ella preguntó.

—Por qué, por qué?— repitió Q. —Porque, tal vez, el gran diseño del universo así lo ha previsto. No olvides que hasta un ser todopoderoso es un ser de este mundo. Y tal vez yo mismo ignoro la respuesta. Digamos que soy aquí porque yo soy.—

Janeway se percató de lo inútil que sería perseguir la conversación en esta dirección. Desde luego inquirió: —Que quieres comunicarme?—

Q alzó un dedo. —Ah! Esta sí que es la cuestión apropiada. Quiero, mi querida Kathryn, que participas a un juego.— Pero seguía hablando sin su jovialidad habitual.

—Un juego? Qué es esto? Otra de tus bromas?— Pero ya el comportamiento de Q desmentía semejante sospecha.

—Voy a explicártelo— él replicó con calma. —Quizás es más bien una pieza de teatro. Una farsa. Una comedia. Y tú, Kathryn, tendrás el papel principal.—

Y Q le comunicaba su larga explicación.

Cuando por fin había terminado, Kathryn se quedó un rato silenciosa. Pero luego carraspeó y preguntó:

—No vendrás a prestarnos tu ayuda, cuando venga la invasión?— preguntó, casi con esperanza.

Q no hizo más que echarla una mirada incrédula. —Estas soñando? Evito involucrarme demasiado en los asuntos lastimosos de los seres mortales. Ya me disgustan lo bastante sin tratarlos de cerca. Además, creo que ya estoy haciendo mucho más que se pueda esperar de mí con crear esta ilusión artística.—

Kathryn, pensativo, tapó parte de su cara con la manta de la cama, como si quisiera sofocar sus dudas en ella. —No sé si seré capaz de engañar hasta tal punto a mis compañeros y amigos. Y a Chakotay.— Dio un fuerte resoplo. —Dime, es absolutamente necesario que nadie más que yo sepa lo que pasa de verdad?—

—Absolutamente— afirmó Q, casi con dureza. —No desatienes mi advertencia sobre este punto, querida. Si no cumples con esta condición, la prueba no puede llevarse a cabo, y las consecuencias serán terribles. Sois niños, y como niños entraréis en este afrontamiento con los borg. Os aplastarán si no sois preparados.—

Ella despejó su rostro de los cabellos que caían sueltos sobre sus hombros. —Y supongo que no existe otra manera de prepararnos?—

—Mira, querida, yo, ahora, soy poco más que un mensajero— repuso Q, y era evidente que él estaba al punto de enfadarse de verdad. —No hago más que entregar el mensaje que me han cargado. No crees que yo no sepa como emplear mi tiempo de una manera más provechosa. Si tú te empeñas en negar ton acuerdo con las condiciones que te he dicho, cárgate con las consecuencias para tu amada Federación, pero déjame en paz. No me dejaré arrastrar en discusiones contigo. Quéjate, si quieres, con él quien me mandó meterme en este asunto. Yo sólo cumplo con mi papel, y no puedo más que aconsejarte que cumplas con el tuyo, por tu propio bien y el bien de la

Federación.—

Kathryn no preguntó como ella podría ponerse en contacto con el ser que había enviado a Q. Ella ya supo que no obtendría una respuesta. Y, de veras, sería una idea bastante ridícula entrar en deliberaciones con un ser que, según las apariencias, podía aun mandar a un ser todopoderoso como Q. Q, de su parte, era muy recalcitrante y no hablaba más que del “plan del universo”, y en otros términos bastante generales.

—Bueno— ella dijo finalmente. —Voy a odiarme hasta el fin de mis días por esta mentira y por retener información que son esenciales para la seguridad y la vida de toda la Federación.— Su voz sonaba amarga, pero, a pesar de esto, decidida.

Q asintió con la pesadumbre de un diplomático quien trataba de asuntos de los cuales dependía el destino de mundos y pueblos. —Tal vez serás menos afligida sabiendo que tú no eres la única persona enterada del fraude. Antes de visitarte, he también tenido una pequeña charla con mi amigo Jean-Luc.—

—Picard sabe todo?— ella dijo con asombro.

—Sí, y su reacción ha sido mucho más violenta que la tuya. Pero él es un sabio, se calmará. Y debo añadir que tu misión y la suya son completamente diferentes.—

—Es decir— concluyó Kathryn, bajando la cabeza, —que seré completamente sola.—

—Sí.— Q no mostró piedad, pero tampoco mostró ironía. —Y hasta tu muerte, nadie sabrá nada de lo que habrá pasado realmente.—

2

La señal intercomunicadora de Janeway sonó. Ella suspiró y dejó al lado el informe que leía. Pulsó un dedo sobre la mesa para activar el monitor delante de ella.

De inmediato, el almirante Paris apareció. Su rostro se hallaba en el claroscuro.

Él nunca perdía su tiempo con formalidades innecesarias. Siempre volaba sin rodeos hasta el fin de la conversación. Era un comportamiento que nunca faltaba en brusquedad, pero ya Janeway era acostumbrada a su estilo. Él dijo en un tono duro:

—Déjese de sus ocupaciones presentes. Hay algo muy importante que debe aprender. Nos enfrentamos a graves problemas. Almirante, debe ver esto.—

El rostro gris de Paris fue desplazado por una escena algo confusa. Janeway no pudo comprenderla al primer instante. Nieblas espesas se formaban y luego se evaporaban de nuevo, en un juego continuo de luces resplandecientes. Dentro de las brumas cósmicas, ella creó distinguir unos gusanos que tornaban sin cesar alrededor de su eje central, un centro inestable y muy peligroso para cualquier nave. De súbito, la resolución de la imagen aumentó y Janeway reconoció el lugar.

—Es el yermo.—

—Así es— afirmó la voz del almirante. —Pero yo no le he arrancado de su trabajo para que descubra nuevos aspectos de las maravillas del espacio. Por favor, siga mirando estas nieblas a la derecha.—

Janeway hizo como pedido. Los primeros veinte segundos, ella no reparó en más que en el sempiterno cambio de gasas y luces dentro de las formaciones tormentosas del yermo. Pero de repente se urgió en la silla.

—Sí—, dijo el almirante, quien había esperado su reacción. —De verdad son unas pequeñas naves borg que usted está viendo.—

Quizás ella actuó la sorpresa con demasiado energía, pues faltaba poco que saltara de su silla. —Pero esto es inadmisibile! Cómo, ellos están en el cuadrante Alpha! Todavía no se han tomado las medidas defensivas?—

La voz del almirante se volvió algo acre mientras Kathryn miraba con ojos que debían aparecer atónitos el lento desfile de las naves a través de las gasas tumultuosas. —Por favor, no me reprenda como a un alférez cualquier, señora almirante. No crea que, a esta hora, ya hemos pasado en revista todas las medidas posibles? Pero no nos hemos podido fijar sino en pocas opciones. Los borg siempre han sido un caso muy especial, como sabe.—

—Si—, dijo Janeway y se reclinó otra vez contra el respaldo de su silla. Miraba detenidamente los movimientos perfectamente concertados de las lanzaderas de los borg. De repente, un haz de luz voló hacia ella, en la pantalla. Después, todo se tornó negro.

Un segundo después el rostro del almirante reapareció. —Las imágenes que acaba de ver fueron transmitidos por una sonda que habíamos logrado introducir sigilosamente en el yermo. Era su tarea el investigar por qué las sondas que nosotros enviamos regularmente en el yermo dejamos de funcionar pocos días después de ponerse en trabajo. La sonda, cuya destrucción usted acaba de ver, transmitió sus informaciones por un canal muy estrecho. Lo había establecido con una de nuestras naves que está estacionada en las afueras del yermo. Fue un verdadero desafío para nuestros técnicos el descifrar los señales, pero lo consiguieron en cuatro días.—

Janeway soltó una exclamación. —Cuatro días! Y usted espera cuatro días antes de informarme? Esto sí que es una locura! En cuatro días tal vez los borg ya han reunido una flotilla entera en el yermo!—

La lengua del almirante humectó sus labios. —Es posible, pero si hay una flotilla en el yermo, por alguna razón los borg han decidido no hacer uso de ella. No deba olvidar que hace ya muchas semanas nuestras sondas van desapareciendo. Los borg, si hubiera sido su objetivo reunir sus fuerzas, ahora podrían contar con algunas armadas. Pero si este fuese el caso, no habrían tardado tanto en atacarnos.—

—Quizás esperan algo—, apuntó Janeway. Era una explicación evidente, y por cierto había sido examinado antes de todo por el almirante y sus confidentes. Pero su cabeza le daba vueltos a Kathryn. Nunca había sido una actriz muy convencidora, como era demasiado franca y honesta. Pero, y más aun desde su relación con el hombre espiritual Chakotay, ella confiaba en la sabiduría del universo y lucharía para recubrir el papel que el universo le había designado.

A pesar de la poca ingeniosidad de su comentario, el almirante se dignó a contestarla. —Es poco probable que los borg esperen algo antes de iniciar la ofensiva. Qué pueden esperar? Un cualquier acontecimiento que debilite nuestras defensas? No, contra una armada borg nuestras defensas siempre serán insuficientes. Repito que si una armada fuera escondida en el yermo, habría podido atacarnos a cualquier momento. La sorpresa, junto a la fuerza de la armada, nos habrían aniquilado completamente, la Federación entera, dentro de unos pocos días.—

Janeway se frotó el mentón con la mano. —Ustedes buscan todavía una explicación.—

—Si. Y ahora es su obligación de ayudar la Federación a enfrentarse al enemigo.— El almirante hizo sonar esta apelación como una orden.

Sin embargo, Janeway, después de su primer sobresalto a ver las naves, ya parecía serenada y no se dejó provocar. —Por supuesto. Pero tal vez la tarea supera mis capacidades.—

Una sonrisa enigmática apareció brevemente en los labios del almirante. —Queda patente que aquí nosotros tenemos mejor opinión de sus capacidades que usted mismo.—

Janeway se preguntó qué en qué debía desembocar este anuncio más bien misterioso que

alabador.

—Mire esta otra grabación—, continuó el almirante Paris. —Fue enviado a nosotros incluso antes de la cual que ya ha visto. Pero yo he invertido el orden cronológico para no azorarlo demasiado. Se deben aprender esas noticias la una tras la otra, como se toma una medicina concentrada. Al presente, vea el tamaño de la tarea que será capaz de enfrentar.—

Como la primera vez, por varios momentos Janeway no reparó en nada. Vio solo los fragmentos de la tormenta que siempre se desencadenaba en el yermo. Las densas nubes grises flotaban en todas partes y se cargaban con rayos de colores abrumadoras. Pero, a momentos, unas cuantas de las nubes se aclaraban y dejaban entrever los contornos de una estructura. Un cosquillo nervioso recorrió la espina dorsal de Kathryn. —Q—, pensó para sí, —crees realmente que la gente se traga esto?— Ella no pudo más que repetir: —No es posible.—

—Sí, lo es—, fue la respuesta nítida del almirante. —Espere un poco.—

Janeway miraba con asombro lo que las imágenes en la pantalla le revelaban. Las fluctuaciones imprevisibles de materia y de energía mostraron unos de sus cambios espectaculares, y de pronto un espacio libre se despejó entre las masas flotantes y chispeantes. En este espacio un cubo borg se delineaba como un espectro sobre un fondo de cielo de luna. Además, el cubo tenía unas dimensiones increíbles. Desgraciadamente, no era el primer cubo sobre el cual Kathryn debía poner sus ojos en su vida de oficial de la flota. Pero jamás había visto un cubo tan inmenso. Pensó que quizás no era más que un efecto de óptica engañadora, que las proporciones ordinarias aparecían deshechas por los estallidos de energía dentro del yermo. Ella se dejó arrastrar por la idea, sin preocuparse por su valor lógico. Quería solamente desempeñar bien su papel, y parecía adecuado hacer esta sugerencia. Así comenzó: —Tal vez las proporciones...—

Pero el almirante le cortó la palabra. —No. No hay error posible. Los técnicos han comprobado los datos una tras otra vez. Las medidas del cubo son tal como las está juzgando: mayor que jamás visto.—

La imagen desconsoladora del yermo desapareció y el rostro del almirante se presentó de nuevo a Kathryn. Él hombre no añadió nada.

Para Kathryn estaba claro que él esperaba que reaccionara. Pero la única reacción que ella podía ofrecer fue una cara desanimada. No abrió la boca. Así ella dio a entender que tocaba todavía al almirante continuar sus explicaciones.

Por cierto, él se percató de su táctica de ganar tiempo. Pero a todas luces Paris estaba demasiado cansado para entrar ahora en un combate de silencio, ganando quien cerrase la boca, perdiendo quien cediese a la nervosidad y continuase la conversación.

El almirante suspiró y dijo: —Pienso que no es necesario que yo vaya con rodeos. Seguramente comprende por qué le llamo.—

Aún Janeway prefirió mirarle sin pestañear.

Ella podía oír como Paris tamborileaba con los dedos sobre su escritorio. Se trataba de un signo de impaciencia que ya había notado antes en él. Al pesar de esto, ella continuaba de arquear sus cejas como si todavía no pudiese imaginar el motivo de la llamada del almirante, salvo de lo evidente que él quería informarle del asunto terrible.

Bruscamente se paró el tamborilear. Kathryn se imaginó que ahora los dedos inquietos del almirante se apretaron en puños. Él se inclinó más sobre el escritorio, su cara salió por completo de las sombras y se acercó a la pantalla, llenándola casi por completo. Ella podía ver, algo asombrado, sus orejas muy profundas y muy violetas que daban testigo de varias noches sin sueño. Pero acaso debía asombrarse? Con un cubo gigantesco de los borg dentro del cuadrante, era de esperar que Paris no se permitiera ni un momento de descanso. Y ya Janeway sentía la misma exasperación montar en ella.

Ahora el almirante no quiso perder más tiempo con una introducción cautelosa del tema. — Nosotros necesitamos Seven of Nine—, dijo con gravedad.

Desde el principio Kathryn había recelado que fuesen pronunciadas estas palabras. Aun así, se sintió como si su corazón se desgarrase. Tuvo la sensación que le faltase el aire. —Almirante—, dijo en una voz demasiado calma, —acaso haya olvidado lo que pasó la última vez que Seven tuvo el placer de colaborar con los altos mandos de la Federación? Fue una colaboración forzosa, si recuerdo bien. Como puede imaginar que Seven se preste de nuevo a los experimentos de la Federación? Como puede suponer que voy a permitirlo?—

Paris frunció los labios y dijo: —No confunda los crímenes de unos pocos individuales con las convenciones y el conducto de la gran mayoría del Alto Mando.—

Janeway negó con la cabeza. —Aun con todo el respeto que le debo, no me cabe la menor duda que del complot contra Seven estaban enterados más que unos pocos individuales.—

Pero la respuesta del almirante fue contundente. —Y aun con todo el estimo que tengo por sus facultades de análisis, le digo que aparentemente está muy equivocada en lo que atañe a la situación real en el Alto Mando.—

Kathryn vio que no servía de nada avanzarse más sobre este terreno. Por consecuente se decidió de lanzar directamente su objeción principal. —Yo no daré ninguna orden a Seven, y si usted tiene aún el más mínimo respeto por su persona, no le dará una orden tampoco.—

La cabeza demasiado grande en la pantalla de Kathryn asintió con un movimiento lento, pero, como Kathryn sospechaba, de poca gana. —Ninguno de nosotros ha pensado en esto, después de los tormentos que ella sufrió a las manos del almirante Stoner.—

—Es mentira—, pensó Kathryn. —Sí, lo os habéis pensado, pero lo habéis rechazado con lástima. Sin embargo, incluso vosotros no habéis logrado ignorar la monstruosidad que significaría cometer un semejante acto.— Pero en lugar de dar libre camino a sus pensamientos, respondió: —Puedo pedir a Seven prestarnos su ayuda, pero no puedo prometer nada.—

Paris se había percatado del —nos—, una pequeña palabra pero que tenía mucha importancia en este tiempo del quebrantamiento de las alianzas. Su cara contraída se relajó un poco y él se reclinó de nuevo contra el respaldo de su silla. Sobre la pantalla de Kathryn, su rostro, a reintegrar el claroscuro, recobró sus proporciones normales. Y él preguntó, sin vergüenza: —De manera que puedo contar con usted? Y la Voyager también será con nosotros?—

—Nunca ha cesado de serlo, ni un instante—, Janeway replicó sencillamente. —Pero debería más bien dirigir la pregunta al nuevo capitán de la nave. Pero aun así, puedo responder por la Voyager que su lealtad siempre está con todos que defienden los principios de la Federación.—

Paris esbozó una sonrisa torcida. —Se trata de un cumplido?—

—Puede entenderlo como quiere. Pero, dígame, que es el papel que Seven jugará en todo esto? Temo que usted proponga un plan extremadamente arriesgado.—

Aun dentro de las sombras, Janeway pudo distinguir como las facciones del almirante se endurecieron. —Tiene razón. Es muy aventurado.—

Y el corazón de Kathryn parecía sangrentar cuando escuchaba al almirante exponer su plan con todo detalle.

Janeway no había tardado un solo segundo para trasladarse a la Voyager.

Por la índole de su ruego, sentía que debía acudir a Seven en persona, no bastaba una comunicación a distancia.

Seven estaba trabajando en el planetario cuando el almirante entró. De inmediato, como Janeway lo hacía casi cada vez, alzó los ojos hasta el techo. Las estrellas lucían sobre su fondo de obscuridad, una obscuridad que constituía el mayor enigma desde el comienzo del mundo. Seguro que nunca dejaría de desafiar los seres inteligentes con nuevos acertijos.

Esta vista tenía siempre el efecto de calmar Janeway, fuera como fuera el peso de sus preocupaciones. Contemplando el brillo de las estrellas dentro de la profundidad sin tiempo, podía apreciar los problemas que le ocupaban desde una nueva perspectiva. Comparado con la dimensión del vasto cielo sin fines, perdía mucha de su fuerza lo que la afligía. Así ella recordaba siempre que no debía permitir que sus problemas asumiesen unas dimensiones que el universo gigantesco les negaba rotundamente.

Al momento que el almirante entraba en la sala, Seven levantó sus ojos de la consola sobre la cual estaba trabajando. Una leve sonrisa de alegría pasó por la boca de Seven. Desde su rescato por la tripulación de la Voyager, y de verdad ya desde los principios de su relación con el doctor, Seven se mostraba más abierta con Janeway y los miembros de la tripulación que formaban el círculo de sus amigos. Seven, desde su retorno a la Tierra, había crecido en humanidad, como si la sola cercanía a la cuna de la raza humana influenciase su carácter, a pesar de las experiencias nefastas que había tenido con algunos humanos de la Tierra.

Janeway sintió esta sonrisa como un puñal en su corazón. No se permitió imaginar como Seven la miraría al final de su coloquio.

—Usted ama mucho la vista del universo, no es así?—

Kathryn sonrió. —Sí, muchísimo. De no haber sido por los sueños que esta vista siempre ha despertado en mí, no me hallaría aquí.—

Seven, de repente, también echó atrás su cabeza y contempló el reflejo del brillo eterno sobre el techo transparente del planetario. —Es muy bello, verdad? Es algo que yo había ignorado, por un tiempo demasiado largo. Siempre he apreciado la dimensión estética de la vida. Pero sólo después de la extirpación del implante neuronal he podido saborear la totalidad del efecto estético. Y no es sorprendente que sea el doctor que me enseña poco a poco descubrir este lado de la vida?— Su sonrisa persistió, e incluso ganó en vitalidad.

El puñal se hundió más profundamente en el pecho de Kathryn. Frotó su barbilla y su nariz, sintiéndose muy mal en su pelo. Para serenarse un poco, fingió estudiar los signos sobre las pantallas. Seven mientras tanto reanudaba el trabajo con sus cálculos. Finalmente, cuando Janeway se sintió dispuesto para hacer lo que no podía evitar, elle se volvió bruscamente hacia su antigua tripulante. —Seven—, la interpeló en una voz muy enérgica.

La ex-borg tuvo un sobresalto y con dos zancadas fue al lado de su capitán, estudiando rápidamente las pantallas que Janeway acababa de observar. —Qué pasa?— preguntó. —Los sensores han detectado algo?— Sus ojos volaron sobre los señales de los sensores.

—No, no—, negó Kathryn con algo de lástima. Habría preferido mucho un nuevo peligro externo en vez de esta situación tan delicada. De veras, para darse ánimo, había casi gritado el nombre de Seven, por lo tanto era natural que ella se asombrase tanto. —No, no es esto, no son los escáners. Seven, estoy aquí porque debo hablar con usted. Es un asunto muy serio.—

Seven estuvo otra vez completamente concentrada. —De qué se trata?— preguntó simplemente.

Kathryn pronunció la frase tan rápidamente como si ella la escupiese: —Por casualidad, hemos encontrado los borg en el yermo.—

Pero en lugar de la reacción turbada que el almirante había esperado, Seven no hizo más que alzar

une ceja. —No creí que fuese posible encontrar algo en el yermo. Además, mi sensor de proximidad no se ha activado.—

Faltó poco para que Kathryn sonriese. Después de todo, aun con la misma capacidad emocional de cualquier otro hombre, siempre en la vida de Seven la razón tendría el primer lugar.

Kathryn estiró las manos sobre la consola. No conocía todas las funciones del planetario, ni siquiera la mayoría de ellas, pero sabía como manejar las funciones básicas.

De repente, en la gran pantalla del planetario, una imagen ancha del yermo apareció. Los estallidos eléctricos fulguraban dentro de la imagen; las densas nubes de materia estaban siempre al punto de descomponerse y de agregarse de nuevo. —Tiene razón, pero a estas alturas nosotros sólo tenemos poco material visual de los movimientos de los borg. Pero el material que poseemos nos confunde. Pero esta no es la cuestión principal—, Janeway apuntó. Pulsó algunos botones y la imagen del yermo se concentraba en un punto de esto, alrededor del cual apareció un círculo rojo, para mejor demarcación del lugar. —La flota borg, o una parte de ella, está estacionada aquí. Quiero que usted sepa de cual parte del yermo hablamos, pues usted conoce la estructura del yermo mejor que muchos especialistas.—

Sacó una pequeña tarjeta de datos de su chaleco y la introdujo en una rendija de la consola. La imagen cartográfica del yermo fue remplazada por su imagen real, tal y como las sondas de la Federación la habían grabado. Ahora Kathryn mostró a su amiga las dos mismas escenas con las cuales Paris la había sorprendido antes. El almirante no agregó ningún comentario. Pese a la frialdad habitual de Seven, las imágenes no faltaban de ejercer su efecto inquietante sobre ella.

Cuando las grabaciones habían terminado, Seven miró al almirante, casi atónita. Habló en un tono distanciado. —Qué quiere que haga?—

Confrontada tan directamente a la pregunta, Janeway apenas pudo ocultar su nerviosismo y su vergüenza. En su interior estalló en injurias contra Paris. —Maldito seas! Has hecho bueno en otorgarme esta tarea, este suplicio! Ahora soy la traidora de mi amiga.—

Pero de su boca no salió más que una explicación muy larga y muy penosa del servicio que la Federación pedía a Seven. Kathryn misma empleaba este término de 'servicio', pero no ignoraba que debía más bien sustituirlo por 'martirio'. Durante un largo rato justificó la necesidad de acudir a la ayuda de Seven, a fin de tener un enlace para contactar y visitar uno de los cubos borg de la armada enemiga.

Habría sido incapaz de hablar de todo esto si no hubiese estado convencida que Seven era la persona adecuada para el trabajo. Además, ahora les faltaba el tiempo para buscar un otro enlace con el mismo conocimiento íntimo de los borg. Sin embargo, Kathryn no podía superar un sentimiento de inseguridad. Sentía que la vida de Seven pendía del hilo de su responsabilidad. Ignoraba por completo hasta cual punto la prueba de Q podría ponerlos verdaderamente en peligro. Desde la llamada del almirante Paris, sufría de perpetuos dolores de cabeza.

Finalmente, cuando había terminado su arenga, se compuso las facciones del rostro y miró a su amiga en los ojos. —Ya conoce todo el caso. Por supuesto, puede tomarse el tiempo de reflexionar. No hace falta una decisión ahora mismo.— No fue la verdad, ella habría necesitado una decisión porque el plazo que Paris le había concedido para entretenerse con Seven se terminaría en unas pocas horas. Pero Janeway no tenía la menor duda que Seven hiciese lo que ella la pedía que hiciese, pues la ex-borg confiaba en su superior y amiga. No obstante la presión del tiempo, Janeway repitió: —No haga una decisión mal reflexionada. Tómese todo el tiempo que necesite.—

Pero Seven hizo un movimiento casi brusco con la mano. —Capitán, sabemos perfectamente que la rapidez en actuar es esencial en este momento. Los borg están en el cuadrante. En consecuencia, esperar más sería irresponsable.—

Kathryn sonrió de una manera un poco torcida. —No nos engañamos, el peligro no es tan inmediato. Es menester constatar que los borg en el yermo nos habrían podido aplastar ya semanas

antes si lo hubiesen querido. El Alto Mando está ocupado en reunir todas las naves disponibles en puntos estratégicos del cuadrante, pero aún no ha fortificado bastante el cuadrante para establecer las defensivas indispensables contra un posible ataque de los borg. Si lo que hemos visto en esas dos grabaciones es toda la flota de los borg por ahí, incluso en dos semanas no dispondremos de los medios para enfrentarlos. Pero en distintos puntos del yermo las sondas de la Federación han sido destruidas, no solamente en la región que le he enseñado. Casi en el mismo momento que una sonda entra en el yermo, desaparece. Por esto suponemos que la flota de los borg es muy grande y esparcida en todo el yermo.—

—Sí—, confirmó Seven con una leve inclinación de la cabeza. —Me consta que el peligro no es tan inminente como aparezca a primer vista, y le agradezco que quiere concederme un plazo antes de decidirme. Sin duda se toma tal libertad contra la opinión del Alto Mando. Pero, de todos modos, ya me he decidido.—

Kathryn alzó las cejas, sin embargo, estaba segura de lo que la ex-borg iba a responder.

Seven dijo secamente: —Siento decepcionarle. En este caso, no puedo prestar mi ayuda a la Federación.—

Kathryn se quedó boquiabierta. No supo como reaccionar frente a una declaración tan nítida. Había concedido a Seven de decidirse libremente en este asunto y no habría podido ser de otra manera. Pero aun así, el almirante había contado con su colaboración incondicional. Durante algunos momentos, se quedó pasmada. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Hizo vagar su mirada por el planetario, para ordenar un poco sus ideas. Después, preguntó: —Está segura? De veras no quiere reclamar un poco de tiempo para pensar debidamente en todos los aspectos?—

La cara petrificada de Seven no vaciló. —Para mí, la cuestión está resuelta. Sabe que voy a contribuir con todas mis fuerzas para contrarrestar esta amenaza. Voy a trabajar día y noche, sin cesar, si hace falta. Tal vez existen otros medios para prevenirse contra un golpe de los borg. Pero lo que la Federación me pide – no, no lo puedo, almirante.—

Para Janeway era preciso respetar la decisión de su amiga. Sin embargo, no quería darse por vencida con nada más que unas pocas palabras. Como había aceptado el propósito de Paris como la mejor solución, se identificaba con el plan. Janeway no era persona a hacer las cosas a medias. —Seven, querría que combata los borg al puesto que el Alto Mando le tiene previsto. Usted es una de las pocas personas que poseen los conocimientos y la experiencia para desempeñar la misión de enlace. Su ayuda sería de un valor inapreciable.—

Pero los ojos distantes de Seven no se calentaban. —Sabe que mi aprecio por usted no tiene límites, almirante. Sin embargo, no quiero ofrecer mi ayuda en la forma que desea, porque sé que las exigencias del trabajo me superan. Es muy peligroso y temo no poder cumplir la consigna. Me resulta demasiado difícil. El contacto directo con los borg siempre ha provocado una gran turbación en mí. Quizás esta vez podrían derrotar mis barreras mentales. La tecnológica borg es muy especial e intrincada. No puedo deshacerme de la impresión que el Alto Mando tiene un concepto equivocado del contacto que un borg tiene con el colectivo después de haberse separado de él.—

Janeway no pudo evitar de comenzar a impacientarse. —Seven, sé todo esto. No cabe duda que se trata de una misión muy exigente. Pero, por favor, dígame el nombre de algún otro soldado de la Federación quien posea las capacidades para resistir a un contacto con el colectivo. Nosotros no tenemos su experiencia y jamás podríamos enfrentarnos a la mente de los borg.— Bruscamente, Kathryn torció el gesto. De ordinario, no habría osado confrontar un inferior en rango con su voluntad contraria, si no tratase de una orden. Pero las imágenes de la flota borg tan cerca de su hogar, la Tierra, la inquietaban demasiado. —Usted está decidida?— preguntó otra vez. Aun contra su propia voluntad, se tono se volvió más duro. —Es su ultima palabra? No reviene sobre su decisión? Debo retirarme?—

Ya arrancó la tarjeta de la rendija de la consola. El espectáculo del yermo cedió a las sombras y luces del firmamento del universo. No estaba furiosa contra Seven, pero furiosa contra sí misma. No

había contado con la posibilidad que Seven pudiese oponerse al edicto que ella y el almirante Paris habían pronunciado sobre ella, y detrás de sus espaldas. Habían jugado con la suerte de Seven como si fuese una muñeca que obedecía a la voluntad de los que tiraban de los hilos atados a sus miembros y su cabeza. Tal vez eran poco mejor que Stoner en su menosprecio por su libertad personal, a la cual Seven tenía tanto derecho como cualquier otra persona.

De repente Janeway se sintió muy avergonzada y no quería más que salir de la estancia. Incapaz de decir una palabra más, se inclinó brevemente delante de Seven, sin saber lo que hacía, y estaba al punto de volverse hacia la puerta cuando Seven dijo: —Está bien, capitán. Yo soy soldado y no voy a oponerme a una orden.— Su voz sonaba ajena, como si llegase de una larga distancia.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kathryn. Giró sobre sus talones. —Seven, le pido disculpas. Sé que me he demasiado tomado al pecho el asunto.— Faltaba poco que su voz se ahogase. — Ahora no puedo añadir más.— Y de nuevo hizo el movimiento de volverse hacia la puerta.

Pero Seven la impidió, diciendo: —No, capitán. Comprendo muy bien su conflicto. Cree que es necesario que yo cumpla con esta misión, pero usted teme de dar una orden formal porque recuerda demasiado bien como la Federación trató mi libertad cuando llegamos aquí.—

—Como puedo olvidarlo?— repuso el almirante con una acre sonrisa. —Me siento todavía como si acabara de regresar a nuestro hogar. Los recuerdos, se le aseguro, aún son demasiado frescos – y penosos.—

—Sí, y yo pienso que ahora usted se reprocha de haber actuado de la misma manera, más o menos.—

Las mejillas de Kathryn se enrojecieron. —Es verdad—, reconoció.

—Pues bien—, prosiguió Seven, —jamás en mi vida, sean como sean las circunstancias, tendré la menor duda que usted respete siempre mi libre voluntad. Aquí no se trata de esto.—

—Y de qué se trata?— no pudo Kathryn refrenar la pregunta, picada por la curiosidad. —De verdad duda que pudiera rechazar un ataque mental de los borg?—

—Como lo digo, almirante. Es posible que lograría hacerlo. Pero del mismo modo es posible que sucumbiría en el esfuerzo.—

—Sí. Pero nosotros no la abandonaríamos en un tal conflicto. Nosotros estaremos a su lado para sostenerle. Si cae, le cogemos.— Janeway quiso decir aún más, pero se detuvo, la boca todavía abierta. No quería cometer el mismo error una segunda vez y tratar de persuadir a Seven. —Pero, no se preocupe. Voy a comunicar su decisión al Alto Mando y el Alto Mando la respetará.— Otra vez habría salido por la puerta, si la voz de Seven, muy tranquila, no la hubiera retenido.

—Almirante, cuál es la decisión que transmitirá? Espero que será la segunda. He revenido sobre la primera, no lo olvide.—

—Alabo mucho su buena voluntad—, dijo Kathryn, casi exasperada. —Pero no permitiré que se arriesgue en una misión que percibe como un sacrificio. Simplemente he perdido la cabeza. Casi he ignorado el peligro para usted, no viendo más que el peligro para la Tierra. Me disculpo, Seven.—

—Almirante! Por favor, escúcheme.— El tono de Seven era tan frío como el hielo. La frialdad dio testigo de la firmeza de su decisión. —Acaba de hablar del respeto que se debe mi libre voluntad. Sin embargo, cree que mantiene este respeto si ignora que he cambiado de opinión? Cree que respeta mi decisión si ahora me defiende consentir a la misión?—

Por un momento, Janeway buscó sus palabras. —Me parece sospechoso el motivo de este cambio.

—Acaso sabe mejor que yo cuáles son mis motivos? Acaso yo necesito, como una niña, su ayuda para aclarar mis propios intereses?— Seven mantenía su voz de hierro que hería y quemaba al contacto aquellos que se opondrían a su deseo.

—No, por cierto que no—, respondió Janeway, algo confusa.

—Pues, deje esta decisión a mí—, concluyó Seven. —Y voy a someterme al plan del Alto Mando.

—Bien, bien—, dijo lentamente el almirante. —Es dueña de sus actos, y si prefiere prestar su ayuda al plan, se lo agradezco mucho.— Hizo una pausa y luego añadió: —Pero todavía quiero saber de dónde viene este cambio.—

—Del serio de la situación—, repuso Seven. —Sigo sosteniendo que es una misión muy aventurada, pero su reacción a mi rechazo me ha hecho comprender que casi no existen alternativas. Si no fuera así, sé que me habría sugerido una alternativa, por poco valor que tuviese, con tal de ahorrarme el riesgo. Comprendo que no soy solamente la mejor elección para la misión de enlace; soy la única. Y mi rechazo al principio era necesario para comprobar esto con toda claridad. Ahora veo claro en el asunto.—

Janeway frunció el ceño, la duda pliendo sus facciones. —No fue más que un juego?— Jugando ella misma, era demasiado fácil suponer que los demás participaban en la misma actuación.

—No, almirante—, rectificó Seven con una mirada algo lastimosa. —Era la verdad exacta. Esta misión es necesaria, pero no estoy segura de poder aportar lo necesario para su éxito.—

Después de todas las emociones turbias que había padecido durante esta entrevista, ahora una gran oleada de alivio inundó el corazón de Kathryn. Se enderezó y alisó su chaleco con un movimiento maquinal. —Tomo su segunda decisión por la última—, aprobó. —En seguida informaré el Alto Mando. Le pido de venir a verme en mis cuartos esta tarde, para hablarle de unos detalles más, respecto a la misión.— Hesitó un breve instante, pero luego soltó con fuerza: —Gracias, Seven! Gracias.—

Seven inclinó la cabeza y bajó los ojos. Por su carácter no se molestaba con consideraciones por la humildad o la vanidad. El gesto quería simplemente decir: —No soy más que un soldado, el sirviente de la causa de la Federación.—

Kathryn lució una sonrisa de afecto por esta mujer que había puesto tantas veces su vida y aun su honra en peligro para salvar sus compañeros y luchar por la Federación. Janeway sentía por ella el cariño de una verdadera amiga. Pero antes de dejarse ahogar por sus sentimientos, se despidió de Seven con un apretón de manos tan caluroso que debía transmitir algo de su gran afecto.

Después quitó el planetario, camino a sus cuartos, para dar la noticia feliz al almirante Paris.

Al ver Janeway salir de la estancia, Seven frotó su barbilla, frunció el ceño y alzó los ojos hacia el brillo eterno de las estrellas. Su mirada estaba tan negra como la noche eterna al fondo del destello de las estrellas.

4

Como cabía esperar, el comandante Tuvok se había adaptado perfectamente a sus nuevas funciones de segundo al mando de la Voyager. Él y Chakotay componían un equipo exitoso, debido, en gran parte, a la confianza sin límites entre los dos.

Al contrario, el hecho que Tuvok había debido abandonar su posición anterior a Rial Elbrun le causaba todavía muchas preocupaciones, a pesar de que el kylesiano se había mostrado a lo alto de su oficio en todo el asunto peligroso de los arcontes.

Tuvok suspiró y se dijo que, quizás, esta vez era él quien no siguiese las exigencias de la lógica. Sin duda, era pura vanidad pensar que sólo él podía debidamente desempeñar el cargo de jefe de seguridad de la Voyager.

Tras un largo día de trabajo, estaba de camino hacia sus cuartos. Los corredores, a esta hora, estaban casi desiertos. Se cruzaba solamente con pocos oficiales, que lo saludaban brevemente.

Dio la vuelta a una esquina, cuando, de repente, un sentimiento lo asaltó, sobre la índole del cual no cabía duda. Se detuvo. Giró sobre sus talones y miró hacia atrás, al corredor del cual acababa de salir. Pero no vio persona ninguna, solamente el metal reluciente y las paredes sin adornos, el diseño eficaz del interior de las naves estelares.

Se puso delante de un terminal de la computadora en un rincón. En un abrir y cerrar de ojos, accedió a los sistemas de seguridad e hizo escanear el corredor. Pero no hubo ningún resultado. Según los datos, el corredor, en efecto, estaba abandonado. Tuvok frunció el ceño. A pesar de estos datos, sintió como el sentimiento de estar perseguido se acentuó. Habría podido jurar que su perseguidor, al presente, había igualmente tornado la esquina y se hallaba en el mismo pasadizo que él. Giró bruscamente la cabeza, para sorprender esta presencia misteriosa. Pero otra vez no vio nada. Sin embargo, el sentimiento inquietante no disminuía.

No había otra solución que de continuar su camino hacia sus cuartos. Afiló sus oídos para capturar el más mínimo sonido, extremó su concentración para aumentar el alcance de sus sentidos. Esta presencia pesaba sobre su mente, pero no se revelaba en signos detectables.

Y ella se acercaba, más y más.

Una vez más, de pronto, Tuvok se dio la vuelta. Pero su mirada inquisitiva se perdió en el pasadizo vacío.

Reanudó el camino hacia su habitación. Sentía como su perseguidor cortaba la distancia, como se acercaba incesantemente. Pro fin puso su mano sobre el phaser en su cinturón. Si él sintiese el más mínimo contacto físico, atacaría.

Pero no sobrevino un tal contacto. En vez de esto, la presencia pareció adelantarse a él y alejarse en el pasadizo. Con asombro, el vulcaniano se dio cuenta que no era más el perseguido, pero, al contrario, que ahora era él quien seguía a este ser incomprendible.

Tuvok, sin embargo, no aceleró el paso. Por un momento de los más extraños, se imaginó escuchar resonar una risa burlona en su cabeza. Pero la impresión pasó tan rápido que no podía confiar en ella. Ya Tuvok pensaba en todos los métodos de control que pudieran emplearse para asegurarse que el computador, a no señalar ningún ser viviente, no había sido engañado. Reflexionando sobre esto, llegó a su habitación.

Estaba al punto de abrir la puerta, cuando, de nuevo, el sentimiento incomodo de una otra presencia chocó con su mente. Pero, esta vez, el sentimiento provenía de su habitación. — Computadora—, murmuró, —dime si se halla alguien dentro de mis cuartos.—

—Hay una persona humana—, vino la respuesta de la voz calma de la computadora.

En realidad, Tuvok no había contado con otra contestación. Apretó los labios. —Es una visita que hubiera autorizado?—

—Sí. Usted ha autorizado la visita a...—

—Basta—, cortó Tuvok la explicación. Alguien se había introducido en su habitación y había podido fingir una autorización. Pero no era más que una sola persona.

Sacó su phaser de su cinturón e hizo la puerta deslizarse. Al mismo tiempo, se puso de espaldas contra la pared del pasadizo, para ver si el intruso no se revelara con un ataque contra el nuevo venido.

Pero en su cuarto nada se movió. Solo el silencio total parecía emanar de la puerta abierta.

Tuvok acercó cautelosamente la cabeza y miró de soslayo en su habitación. Las sombras yacían quietas y no recelaban ninguna presencia. El brazo levantado, el phaser apuntado, Tuvok se puso bruscamente sobre el umbral de la puerta. Encendió la luz. Su habitación espartana se iluminó repentinamente.

Tuvok bajó el brazo, pero aún no se quitó el arma de la mano.

—Buenas noches, comandante Tuvok—, dijo un hombre con cabello rubio y ojos limpios. El agente Vaught, sentado en una silla, lo sonrió.

Finalmente, Tuvok sujetó su arma a su cinturón. Quería saber como el hombre de la sección 31 había conseguido fingir la autorización, pero sabía que la pregunta sería inútil, porque no encontraría una respuesta. —Qué quiere?— preguntó en lugar de esto, con un tono algo rudo.

—La Voyager se adentrará en el yermo dentro de poco—, dijo Vaught lo más natural del mundo, como si no hiciese más que continuar una conversación interrumpida algunas horas antes. —Pero aún el Alto Mando no ha establecido ningún plan con la tripulación de la Voyager. Almirante Janeway está al cargo de la misión y vendrá al bordo. Ya pudo contar con la ayuda de la sección en el rescate de Seven of Nine y cuando ofrecemos informaciones acerca del laboratorio de Dr. Shaun. Al presente, queremos prestar de nuevo nuestros servicios.—

—Y cuáles son sus servicios?— inquirió Tuvok sin pestañear.

—Ahora varios cubos borg atraviesan el yermo, pero uno entre ellos es más grande y más poderoso que los demás. Es, por decirlo así, el cubo madre de los otros. Estamos convencidos que la pequeña armada se desintegrará si podemos estropear los sistemas de este cubo.—

—Y cómo pueden estar tan seguro?— preguntó Tuvok, escéptico.

Vaught alzó los hombros. —Las fuentes de información de la sección deben quedar ocultas.—

—De acuerdo—, dijo el vulcaniano. —Tienen un plan como sabotear el sistema de este cubo madre?—

—Efectivamente. Infiltraremos unos de los cubos pequeños, lograremos tener acceso a la computadora central que conecta todos los cubos y retiraremos el mapa del cubo madre. Así conoceremos el lugar exacto de la sala central del cubo madre. En una segunda misión, alcanzaremos este cubo para introducir un virus en su sistema central.—

El vulcaniano reflexionó sobre estos propósitos. Luego dijo: —Sabén cómo localizar el sistema central en el pequeño cubo, pero no en el cubo central? Sus fuentes de información me parecen un poco caprichosos.—

—Así lo parece—, concedió Vaught, —pero las informaciones que poseemos son absolutamente seguras. Yo mismo me arriesgaré para dar prueba de su veracidad.—

—De verdad?— Tuvok guardaba su escepticismo. —Y como piensa hacerlo?—

—Formaré parte de ambos equipos que infiltrarán los cubos.— Vaught le lanzó una mirada casi desafiante. —Me expongo al peligro, si haya peligro.—

El vulcaniano asintió con la cabeza, dando a entender que consideraría la implicación personal de Vaught como suficiente para descartar la posibilidad de una trampa.

Vaught se levantó de inmediato de la silla e hizo ademán de quitar el cuarto.

—Como ha venido a bordo?— preguntó Tuvok rápidamente. Sospechaba que Rial Elbrun había faltado en sus nuevos deberes.

—Me he infiltrado en el carguero con los especialistas de ingeniera que han venido esta mañana para hacerse enseñar las modificaciones técnicas de la Voyager por B'Elanna Torres. Oh, no, no tome esto como un agravio contra el trabajo de su sucesor—, añadió, interpretando correctamente la cara siniestra del vulcaniano. —De verdad, no había contado con tantas controlas por aquí, y si no

hubiese sido por una suerte casi inexplicable, me hallaría al presente en un calabozo de la Voyager. Es extraño—, murmuró, y por un instante las facciones de su rostro se obscurecieron. —Se podría creer que un espectro me ha guiado.—

Tuvok concentró aún más su mirada en Vaught, y estaba al punto de comentar estas últimas palabras del hombre, cuando el agente de la sección dijo bruscamente: —Ahora tengo que irme. El carguero retornará a la Tierra dentro de unos pocos minutos. Debo reunirme con mis compañeros de ingeniería.— Dio un paso a través del umbral de la puerta.

—Por qué no se pone directamente en contacto con Janeway? Por qué me escoge siempre como intermediario? Y por qué ha venido en persona?— Tuvok buscó explicaciones lógicas a estas preguntas, pero no pudo encontrarlos.

Vaught le dio la respuesta ya por encima de las espaldas: —La sección se interesa mucho por usted, como sabe. Y viniendo aquí personalmente, he podido pasar el día averiguando algunos pequeños detalles sobre la Voyager que todavía ignorábamos.— Y Vaught se alejó con rapidez en el pasadizo.

Tuvok no quiso seguirlo, ni avisar Elbrun de la infiltración por el hombre de la sección. Continuaba pensando en el comentario de Vaught, que, a su parecer, un espectro lo había ayudado a franquear las medidas de seguridad de la nave. Tuvok reflexionó un rato sobre lo que él mismo había experimentado y luego decidió dejar el asunto de lado.

Activó su panel para ponerse en contacto con el almirante Janeway. Ella debía aprender cuanto antes el plan de la sección.